




CON UN ESTILO DE CONDUCCIÓN FAMILIAR

Jerónimo capta que los niños huérfanos (provenientes de una amarga experiencia de abandono) necesitan redescubrir un nuevo tejido familiar auténtico, donde se vivan los valores de la fraternidad, la unidad y el amor. En su apasionado y urgido recorrido de caridad por las distintas ciudades, funda familias y hogares, distribuyendo responsabilidades y compromisos.

El verdadero “espíritu de familia” será el ambiente pedagógico y vital para reconstruir a aquellas personalidades que provienen del mundo de la desintegración, de la humillación y del dolor...

El niño que, por distintas circunstancias, ha roto sus vínculos familiares o tiene una experiencia negativa de los mismos, necesita urgentemente reconstruirlos nuevamente. Serán unos vínculos especiales: institución, grupo de compañeros y figuras educativas. Aún cuando es imposible para una institución reproducir el ambiente familiar, sí es posible cuidar constantemente su clima afectivo, el “aire que se respira” y el manejo cálido de las interrelaciones: se delegan funciones, se comparten responsabilidades, se construye solidaridad (el grande ayuda al pequeño) y el sentido de pertenencia...





Lo anterior significa estar atentos, permitir y favorecer aquellas situaciones naturales que todo adolescente viviría en una familia normal: su privacidad, el cuidado de sus cosas, el respeto de sus momentos de vacío y de soledad, el tener amistades, etc.

Un auténtico “clima de mutua empatía” y un respeto incondicionado, serán los presupuestos de una institución que trata de acercarse, en la medida de lo posible, al ambiente natural de una familia.

